nímico, otro índice completo de los documentos y un índice general. Consta de 511 páginas.

Obra presentada como tesis doctoral en la Universidad de Madrid en 1949, le mereció a su autor Premio Extraordinario.

MARÍA EDELMIRA RABINI.

A. S. TURBERVILLE, *La Inquisición Española*, 2ª edición española, versión de Javier Malagón y Helena Pedreña. México, Fondo de Cultura Económica, 1950 (206 págs.).

La versión de Turberville no puede decirse que, en su conjunto, sea de primera mano, pues sigue bastante las fuentes ya publicadas, especialmente a través de la obra de Lea, pero no carece de originalidad e incluso utiliza fuentes no dadas a conocer previamente.

Comienza el libro con un estudio de los antecedentes medievales de la Inquisición y destaca el sello español que adquiere ya con Gregorio IX. Por lo que se refiere a la Inquisición medieval en España, hace un buen resumen de la que funcionó en Aragón. En cambio, con relación a Castilla la da, con gran ligereza, simplemente como inexistente y lo más que llega a admitir es la leyenda de su existencia. Si en algunos pasajes habla de tribunales de la fe, hace la advertencia de que se trataba simplemente de tribunales diocesanos, que no tenían nada que ver con la Inquisición, pero no se hace problema de esta cuestión ni de la competencia de los Ordinarios como jueces naturales en materia de fe, que con tanta crudeza hubo de plantearse con motivo del establecimiento de la Inquisición de Sevilla, a la que llegó a considerarse como anticanónica por haber prescindido de este principio.

Por lo que se refiere a la Inquisición moderna, pone muy bien de manifiesto que no fué meramente una continuación de la existente, en los lugares donde existía al advenimiento de los Reyes Católicos, sino que constituyó una institución nueva, que obedeció a móviles políticos: « como parte de su propósito de organización y unificación política ». Insistiendo en esta idea, compara su establecimiento al de la Santa Hermandad, en cuanto medio encaminado a la finalidad de someter a la población a la autoridad central: de ahí el carácter nacional que le dió Fernando el Católico.

Estudia con bastante sistema los funcionarios de la Inquisición, dando una gran importancia a los *calificadores*. También hace una sumaria exposición del procedimiento inquisitorial y de las penas que se aplicaban. Se echa de menos, sin embargo, una alusión a las actuaciones previas a su implantación definitiva, en los llamados términos de gracia, y a las ceremonias de las procesiones de reconciliados dentro de tales plazos.

A la actitud de la Inquisición española frente al protestantismo dedica un capítulo completo. El problema lo enfoca en sus debidos términos, alejándose tanto de las exageraciones de la versión protestante, que excluye virtualmente

la historia de los judíos y los moriscos en la que ellos se presentan como las principales víctimas, así como subraya la versión de los apologistas del Tribunal, que encontraban más fácil defenderlo enfocando su posición frente a los luteranos que sacando a la luz todo el frente contra el que dirigió sus ataques.

No obstante, considera el autor que la historia de los luteranos españoles tiene un gran interés y pasa revista a los principales personajes y episodios. Con este motivo, expone las repercusiones internacionales que tuvo la represión del protestantismo, por dirigirse repetidamente contra extranjeros, el recelo que así se avivó en España por todo lo extranjero, sospechoso siempre de ocultar luteranismo, y la influencia que esto tuvo en la censura de imprenta ejercida por el Tribunal.

Pasa revista a la actitud de la Inquisición frente a determinados tipos delictivos, como el misticismo herético, la hechicería (en la que mostró un tacto que contrasta con la enorme ferocidad con que se la combatió en toda Europa), la bigamia, la sollicitación en el acto de la confesión, el matrimonio de clérigos y religiosos y la blasfemia. También examina casos individuales de procesos inquisitoriales célebres, como el de Fray Luis de León y el del Brocense.

Para América, resultan de interés las páginas que dedica a la actuación del Santo Oficio en este continente. Destaca, a este respecto, la benevolencia que tuvo para con los indígenas y el rigor que extremó con los extranjeros que, en los primeros tiempos, fueron las principales víctimas del Tribunal. Por lo que se refiere concretamente a Méjico, destaca la tendencia política de la institución en los procesos seguidos contra dos caudillos de la Independencia: Hidalgo y Morelos. El primero intentó acogerse a la Inquisición, una vez capturado, pero ésta prefirió entonces dejarlo en manos de las autoridades civiles; el segundo salió de manos de la Inquisición para ser entregado al brazo secular que lo ejecutó.

El último capítulo constituye un esbozo de juicio crítico sobre la institución, o más bien expone la forma cómo a su juicio debe plantearse el problema de su estimativa. En primer lugar, cree que la Inquisición española no puede comprenderse si se la considera aisladamente; para ello es preciso ponerla en relación con las instituciones similares de los demás países, situarla dentro del cuadro histórico en que se desarrolla y vive, ya que sus puntos de vista, tan extraños a nosotros, sólo cabe examinarlos en función del espíritu de su época. Por ello rechaza con igual fundamento tanto la defensa como la acusación tradicionales y pone de relieve que sus actuales defensores no tratan ya de justificar todos sus actos, no obstante lo cual la dejan mucho mejor librada. Para el autor, lo que más importa, y lo más lamentable, no son las crueldades del Tribunal, sino el hecho de que podía haber sido mejor y de que debía de haber servido de modelo a los tribunales seculares.

El final del libro contiene párrafos de gran belleza en los que expone el

interés imperecedero de la Inquisición española cuando enfrenta sus hombres más íntegros con quienes también sostenían sus creencias con firmeza y heroísmo, poniendo de manifiesto que el antagonismo no sólo se da entre la verdad y el error, sino que en la vida se dan también este otro antagonismo trágico entre dos concepciones opuestas de la verdad, entre dos ideales, que pueden sostenerse con la misma pureza moral e intelectual.

JOSÉ DÍAZ GARCÍA.

HANS JURETSCHKE, *Vida, obra y pensamiento de Alberto Lista*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Escuela de Historia Moderna. Madrid, 1951. xi + 718 páginas.

Para intentar el conocimiento de una época podemos seccionarla transversalmente — y estudiar un momento dado en cada una de esas secciones — o bien practicar en ella cortes longitudinales — y seguir durante un cierto tiempo el curso multiforme de la historia en torno a la vida de una persona o cualquier otro fenómeno singular. Ambos métodos son practicables y se completan. Por la vida de determinados hombres desfila toda la Historia de su época y el historiador ha de aprovechar esa coyuntura. Conocer una de esas vidas supone entrar con pie firme en los problemas de su tiempo.

Tal es el caso de Lista. El interés de su estudio no se circunscribe, pues, a lo literario o al tipo humano. Así lo ha entendido Hans Juretschke. No se crea, sin embargo, que su obra es al estilo de las que se escriben corrientemente bajo el título de « tal hombre y su tiempo ». El tiempo de Lista no es aquí objeto de estudio, sino en cuanto circunstancia del intelectual biografiado. Quiero decir, que el extraordinario valor informativo de este libro se extiende al tiempo que rodea a Lista, lo precisa, lo aclara y, sobre todo, amplía el horizonte de su problemática. Sin énfasis, sin pretensiones desmesuradas, este libro — concebido como una necesidad previa al estudio del schlegeliano en España — posee una rica base documental, un rigor preciso para el manejo del dato, una crítica justa, absoluta ponderación en las afirmaciones, madurez rotunda de concepción, claridad meridiana en la técnica expositiva: las cualidades necesarias para hacer de él un libro clásico.

No parezca desmesurado el adjetivo: un libro clásico. ¿Una biografía completa, también? No. El autor no se propone estudiar al hombre « vivo », comprenderle en la intimidad de su alma. Todo esto queda excluido de las páginas de Juretschke: se ha propuesto tan sólo — y lo ha conseguido — hacer un estudio anatómico de Lista, de su obra, de su pensamiento, en medio de las obras y del pensamiento de la época.

Pero si el autor no estudia la vida de Lista y sus problemas humanos, en cambio nos traza un esquema biográfico de indestructible solidez documental. Se acrecientan las noticias sobre el biografiado, se depuran de errores.